

Si los ojos vieran tanto como el corazón

Gilberto Urrutia

Erwing Goffman, sociólogo y escritor canadiense escribió en 1957 el libro “*La presentación de la persona en la vida cotidiana*”, sobre el comportamiento social del ser humano durante sus relaciones y contactos personales en los ámbitos de su familia, trabajo y en la sociedad, en el cual compara nuestra vida pública con una obra teatral.

La idea central del concepto de Goffman es que en la vida social, el individuo tratará de controlar las impresiones que su persona causa en los demás, exhibiendo un ritual de comportamiento adecuado a cada una de las situaciones en las que se ve inmerso, lo que implica tener que actuar como se hace en una obra de teatro.

Es muy cierto que todos nosotros en la vida pública tratamos siempre de dar la mejor impresión a los demás, y que hemos aprendido a interpretar diferentes roles según las circunstancias de la situación y del escenario en que nos encontramos.

Esa es una característica tan propia del ser humano, que el término *persona* era como se le decía a la máscara, que como tal caracterizaba en el teatro antiguo a los personajes con un papel concreto en una obra teatral. De allí deriva también la palabra *personaje*.

Por esa razón el teatro es un excelente modelo que nos permite entender mejor la vida social.

El señor Goffman dice en su libro: „*Probablemente no sea un mero accidente histórico que el significado original de la palabra persona sea máscara.*

Es más bien un reconocimiento del hecho de que, más o menos conscientemente, siempre y por doquier, cada uno de nosotros desempeña un papel. Es en estos roles donde nos conocemos mutuamente; es en estos roles donde nos conocemos a nosotros mismos. En cierto sentido, y en la medida en que esta máscara representa el concepto que nos hemos formado de nosotros mismos —el rol de acuerdo con el cual nos esforzamos por vivir—, esta máscara es nuestro «sí mismo» más verdadero, el yo que quisiéramos ser.»

Tomando entonces la metáfora del señor Goffman, yo me inclino a identificar los tres lugares básicos que forman parte de un teatro, a saber : el escenario, detrás del escenario o bastidores y el camerino; de la siguiente manera:

- el escenario, corresponde claramente a la vida pública en general
- detrás del escenario, representa la vida familiar en el hogar
- el camerino, sería la vida espiritual interior

El camerino o camarín es el espacio destinado a los actores para maquillarse, vestirse, cambiarse de atuendo o repasar su parte del libreto de la obra.

Los actores estrellas o protagonistas tienen por lo general un camerino exclusivo para ellos.

La vida pública es la que vivimos en la sociedad y en el trabajo para poder sobrevivir.

La vida familiar es la que compartimos con nuestros seres queridos en la intimidad y seguridad que nos brinda el ambiente hogareño.

La vida espiritual es aquélla que se desarrolla y acontece a escondidas de los demás, la cual consiste en nuestra conciencia, así como también los pensamientos, sentimientos, vivencias, deseos, pasiones que guardamos en el corazón y en la memoria, hasta que lleguen el tiempo y la ocasión oportuna en que decidimos soberanamente, compartirlos con alguna persona o bien directamente con Dios.

Cómo nuestra vida espiritual es para los demás absolutamente inaccesible, es la que cuenta y vale para nosotros.

Si bien la vida interior es la sustancial, por fortuna es secreta e invisible, y es además la que nutre y le da vida a nuestra vida pública.

Sabemos muy bien que las apariencias engañan y que en la vida pública como gran escenario que es, todos desempeñamos papeles diversos aparentando unas veces más y otras veces menos, para poder quedar bien y convivir armoniosamente con los demás.

Sin embargo, existen muchos individuos que aprovechándose de que su verdadera personalidad interior no la perciben los ojos humanos, tienden a fingir lo que en realidad no son, actuando con mucha naturalidad, tal como lo hacen los mejores actores profesionales.

En la Biblia Jesucristo refiriéndose a los fariseos, nos advierte en varios versículos de la falsedad y la hipocresía en el hombre y en la mujer:

“Cuidense de los falsos profetas: se presentan ante ustedes con piel de ovejas, pero por dentro son lobos feroces. Ustedes los reconocerán por sus frutos.” Mateo 7, 15-16

“Qué bien salvan las apariencias! Con justa razón profetizó Isaías de ustedes cuando dijo: Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí.” Mateo 15, 7-8

¡Ay de ustedes, maestros de la Ley y fariseos, que son unos hipócritas! Ustedes son como sepulcros bien pintados, que se ven maravillosos, pero que por dentro están llenos de huesos y de toda clase de podredumbre.” Mateo 23, 27

Sólo el Espíritu de Dios es capaz de ver en nuestra interioridad, en nuestra alma; y por consiguiente, conoce muy bien nuestros pensamientos, deseos e intenciones.

Debido a que en nuestro interior tenemos el alma, con la cual Dios nos ha llenado y dado la vida, disponemos igualmente de la capacidad sobrenatural de percibir, conocer y unirnos espiritualmente a otras personas por medio de la intuición y del amor al prójimo.

Henri Bergson, filósofo francés conocido como el filósofo de la intuición, define la intuición instintiva en el ser humano, como una *“especie de simpatía intelectual mediante la que nos transportamos al interior de un individuo para coincidir en lo que tiene de único y, en consecuencia, de inexpresable”*.

El filósofo español Manuel García Morente, por su parte afirma que *“la intuición filosófica penetra en lo vital, aprehende el aliento del espíritu y engendra un conocimiento, no total, pero sí directo y absoluto de la vida.”* García Morente llega incluso a asociar lo que él denomina el *instinto espiritual* con la intuición.

Todos somos por naturaleza seres espirituales, pero como desde hace ya muchos años nadie habla de eso, porque no es un tema de interés actual, o bien por temor a

que la gente lo malinterprete y lo confunda con espiritismo y ocultismo, esa realidad de que somos seres espirituales se ha convertido en una temática extraña y muchas veces hasta incómoda para muchos, la cual se prefiere omitir e ignorar.

Además de los instintos biológicos tenemos el instinto espiritual o la intuición, que nos permite percibir y conocer aquello que no pueden captar nuestros sentidos corporales, siempre y cuando pongamos la atención a lo que nos dice nuestra voz interior, nuestro corazón.

Quién no conoce por ejemplo, la novela el principito de Antoine de Saint-Exupéry y la famosa frase en su texto que dice: *"He aquí mi secreto, que no puede ser más simple: sólo con el corazón se puede ver bien; lo esencial es invisible para los ojos."*

Nuestros sentidos nos engañan, afirmaba el gran filósofo francés René Descartes en su teoría de la duda metódica, en la que dice textualmente:

"hemos descubierto que los sentidos a veces yerran y es propio de la prudencia no confiar en aquellos que ya nos han engañado una vez. Nuestros sentidos muchas veces nos engañan, por lo tanto las cosas materiales resultan dudosas, y no podemos saber si los sentidos nos engañan en todos los casos, por lo menos no es seguro que no nos engañen."

Así sucede que alguna vez en sueños he imaginado estar sentado y escribiendo, cuando en realidad estaba dormido y acostado.

No tenemos ningún indicio, ningún signo seguro o criterio que nos permita establecer cuando estamos despiertos y cuando dormidos: no hay posibilidad ninguna de distinguir con absoluta seguridad el sueño de la vigilia.

Resulta que todo conocimiento sensible es dudoso, ya sea a través de los sentidos o a través de los sueños"

El cine es una ilusión tan bien lograda, tan potente y eficaz que cuando uno ve una película, su cerebro la capta y la procesa de tal modo, que la percibe como si fuera un sueño propio que esta viviendo en ese instante.

En el momento en que estamos viendo la película, nuestro discernimiento no es capaz de distinguir entre la ilusión audiovisual fabricada y la realidad, y en vez de guardar la distancia conscientemente entre la trama en desarrollo y nuestra posición de espectador, que nada tiene que ver con lo que está mirando; nos dejamos absorber mental y afectivamente por la ilusión de la película, la cual así nos hace soñar despiertos.

En los últimos 100 años la enseñanza escolar y los nuevos medios audiovisuales han inculcado y acostumbrado a los individuos a confiar sólomente en el intelecto y en los sentidos corporales, sobre todo en la vista.

El materialismo que ha traído consigo el desarrollo económico de los pueblos, nos ha llevado a tomar en cuenta y a valorar únicamente lo visible del mundo y que se puede comprar y vender.

Por eso le damos una importancia exagerada a lo que vemos y hemos perdido la práctica de dejarnos guiar en la vida por nuestra intuición, por nuestra propia conciencia y sentimientos, es decir, por el corazón.

Si nos engañan no sólo las apariencias de la gente sino también nuestros sentidos, debemos con más razón, recurrir en la vida pública a nuestra conciencia e intuición para orientarnos y desenvolvernos lo mejor posible.

Los niños son los seres más espirituales y auténticos que existen, por eso ellos aman con facilidad y sin límites, creen y confían en lo que intuyen con su espíritu de sus padres y hermanos, están siempre contentos, satisfechos y a gusto consigo mismo. Sin duda alguna, los niños ven más con el corazón que con sus ojos.

Mientras los niños se apoyan y hacen un buen uso de su alma grande y su corazón, muchos adultos terminan por menguarla al olvidarse de ella.

Es por eso que el dramaturgo británico Keith Johnstone, creador del teatro de improvisación, refiriéndose a la inhibición paralizante de los adultos para expresar sus emociones, expresó muy acertadamente: *“Muchos profesores piensan que los niños son adultos inmaduros. Quizás podríamos lograr una enseñanza mejor y más respetuosa si pensáramos que los adultos son niños atrofiados.”*

No solamente son los niños que deben aprender de los adultos, también los adultos tenemos mucho que aprender de nuestros niños en el ámbito espiritual y afectivo, que es tan primordial en la vida.

Únicamente los niños como maestros en espiritualidad que son, nos pueden enseñar con su propio ejemplo a “ver” y a creer con el corazón.

Ese secreto tan simple para la vida de los adultos que menciona el principito en la novela de Saint-Exupéry, ya nuestro Señor Jesucristo lo había anunciado cuando les dijo a sus discípulos: ***“En verdad les digo: si no cambian y no llegan a ser como niños, nunca entrarán en el Reino de los Cielos” Mateo, 18, 3-4***

El supremo y más glorioso secreto en la historia de la humanidad nos lo reveló Dios igualmente por medio de su Hijo Jesucristo, al anunciar al mundo la inmortalidad de nuestra alma y la vida eterna en el Reino de los Cielos, después de nuestra muerte carnal.

Jesucristo nos enseñó que los seres humanos somos recipientes y portadores de un espíritu divino e inmortal insuflado por Dios, el cual después de concluir su etapa de vida terrenal, está destinado a vivir espiritualmente una Vida Eterna y abundante con su Creador.

Combinando el modelo del teatro del señor Goffmann y el mensaje central del Evangelio de Cristo, podríamos ilustrar metafóricamente la vida terrenal de la siguiente manera:

Cada uno de nosotros es un espíritu al que le han colocado una persona (la máscara) de carne, lo han enviado al gran teatro de la vida durante un tiempo determinado, para que en la escena interprete el papel que Dios soberanamente le ha designado. Y al terminar la actuación de su personaje (espíritu + máscara) en la obra teatral según el libreto de la historia, se retira del escenario, se quita la máscara y regresa a su vida espiritual con su Dios Padre.

Recordemos entonces, que llevamos debajo de la máscara de carne un maravilloso secreto invisible, divino e inmortal.